

bellos países. Claramente se ve por él, que no abundaba todavía el ganado lanar y vacuno, que fué propagándose despues maravillosamente, pero que habia gran número ya de cerdos y de gallinas. Los precios se ve que estaban en relacion con la abundancia ó escasez de los renglones de consumo, y se nota que se dificultaban aun los medios de conduccion, por el aumento que se le ponía al vino por cada diez leguas de internacion desde la costa. Es curioso ver, que de este arancel se conserve el precio que se pagaban por la alcoba ó cuarto en que se dormía, que era el de dos «tomines,» equivalente á la peseta que actualmente se paga. No es menos digno de notarse, que la publicacion de ese importante reglamento se hizo no solo en nombre y por la autoridad de Hernan Cortés, sino por éste y por «los muy notables señores, justicias é regidores de esta ciudad de Tenuxtitan.» pues entonces ejercia el ayuntamiento de Méjico facultades legislativas, aun en las cosas que no eran peculiares solo de la ciudad, segun iremos observando á medida que avancemos en la relacion de los acontecimientos.

Tambien se arreglaron por otras ordenanzas dadas en 1525, la forma y facultades de los cuerpos municipales. Aunque fueron hechas para las villas de la Natividad de Nuestra Señora y Trujillo, en la costa de Honduras, se dispuso despues que rigiesen en las demás poblaciones que se fundasen. Por lo mismo, deben considerarse como la base en que descansaba toda la administracion económica de los diversos lugares que se fueron estableciendo. Al lado de estas ordenanzas, se encuentran las notables instrucciones dadas por el

caudillo español á Hernando de Saavedra, que quedó por lugar-teniente de Cortés en las mencionadas villas (1).

En todas estas disposiciones se descubre el espíritu organizador, de orden, de observacion y cuidado en todas las materias, por insignificantes que parezcan, pero que en realidad formaban el eslabonamiento, el enlace, la armonía del orden social. En esas previsoras instrucciones, en que se recomienda el embellecimiento, el aseo, la comodidad de las poblaciones y el cumplimiento de los deberes religiosos, en todos los actos relativos al culto público, se encuentran acertadas prevenciones que norman el decoro y la conducta que deben observar las personas que desempeñan algun puesto elevado en la administracion de los pueblos.

1524      Dos meses despues de haber publicado  
 Mayo 13. Llegada      Hernan Cortés las ordenanzas relativas á  
 de los primeros      los repartimientos, esto es, el 13 de Mayo  
 misioneros      de 1524, llegó á Veracruz un buque de España, llevando á su bordo á Fray Martin de Valencia, provincial de la provincia de San Cristóbal, con doce religiosos franciscanos, cuyos nombres deben vivir eternamente en la memoria de los habitantes de aquellas auríferas regiones, porque pertenecen á los individuos que vertieron sobre los nativos el consuelo y la ventura. La gratitud debe ser monumento en que existan siempre esos primeros misioneros que vivieron haciendo el bien de los indios y derramando la luz de la moral y del

(1) Véanse esas instrucciones, así como las ordenanzas de que acabo de hacer mencion, en el Apéndice de este tomo.

saber por donde quiera que dirigian la planta. Eran verdaderos ministros del Señor: varones de virtud acrisolada, de costumbres puras y sin mancha; nutridos en los santos principios de la caridad evangélica, del amor al prójimo, de la abnegacion de sí mismos; sin mas ambicion que el servicio de Dios y el de los hombres; pobres en su traje, pero ricos en piedad y en amor á sus semejantes (1). Los nombres de estos verdaderos apóstoles del Evangelio, fueron: Fr. Francisco de Soto, Fr. Martin y Fr. José de la Coruna, Fr. Juan Juarez, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, Fr. Toribio de Benavente, Fr. García de Cisneros, Fr. Luis de Fuensalida, Fr. Juan de Rivas y Fr. Francisco Gimenez, sacerdotes; y los legos Fr. Andrés de Córdoba y Fr. Juan de Palos.

Hernan Cortés recibió la noticia de la llegada de Fray Martin de Valencia y sus doce religiosos, con verdadero júbilo. En todas sus cartas habia pedido ardientemente al monarca, que enviase al país sacerdotes de ejemplar virtud, que con su irrepreensible vida, su humildad y su ciencia, atrajesen á los indígenas á la comunión católica. Sus deseos se vieron al fin cumplidos. Desde que se extendió por toda Europa la noticia de la conquista de Méjico, varios religiosos se propusieron pasar á las nuevas regiones descubiertas, no por el mezquino pensamiento de adquirir bienes terrenos,

(1) El Sr. Prescott que en todos sus escritos rinde culto á la justicia, dice, no obstante de no ser católico, que: «Eran hombres de inmaculada pureza de costumbres, nutridos con la ciencia del claustro, y semejantes á otros muchos que la Iglesia romana ha enviado á iguales misiones apostólicas, estimaban en poco todos los sacrificios personales, hechos por la sagrada causa que habian abrazado.»

sino de ser útiles á la humanidad. Movidos de este santo celo, hemos visto que llegaron, pocos meses antes, tres religiosos flamencos de la orden de San Francisco. Con el mismo intento salieron de Roma, con aprobacion del papa Leon X, Fray Juan Clapion, flamenco, que habia sido confesor del rey, y Fray Francisco de los Angeles y Quiñones, español, hermano del conde de Luna, hombre de ilustre nacimiento, de vasta ciencia y de notable virtud. El primero murió en España, cuando estaba próximo el dia del embarque, y el segundo se vió precisado á permanecer en su patria, por haber sido elegido general de su orden. No siéndole dable ya marchar á Méjico, dispuso, sirviéndose de las facultades que su nueva dignidad le daba, enviar á otros religiosos que desempeñasen lo que él no habia logrado alcanzar, y nombró á Fray Martin de Valencia y los doce sacerdotes que nombrados dejo, á cumplir con la alta misión del sacerdocio.

Los respetables misioneros, despues de haber sido canfirmadas las facultades que les habia concedido el pontífice Leon X, por su sucesor Adriano VI, se embarcaron en San Lúcas de Barrameda el dia 25 de Enero de 1524.

Las órdenes religiosas contaban en aquella gloriosa época para España, con hombres verdaderamente apostólicos, que constituian su felicidad en la pobreza y en los trabajos del mundo, sufridos en pro de la humanidad, esperando alcanzar en la otra vida la recompensa del cumplimiento de su deber. Las preclaras virtudes y el celo por la propagacion de la doctrina del Crucificado de que estaban animados los hombres del claustro, eran, en parte, el resultado de la reforma que

la católica reina Isabel habia hecho en las órdenes religiosas en su glorioso reinado. Si hemos de dar crédito á los historiadores de la época en que brilló aquella augusta princesa, el clero, en general, se habia relajado con los malos ejemplos de los reinados anteriores. La virtuosa Isabel, cuyas medidas se dirigian constantemente al mejoramiento de las costumbres y á la felicidad del cuerpo social, basadas en la pureza de la religión, se propuso que en los encargados de extender las santas máximas del Salvador, brillasen la virtud y la fé, para que el ejemplo fuese poderoso auxiliar de la doctrina por ellos predicada. Confió la difícil empresa de la reforma, al ilustre cardenal y arzobispo de Toledo D. Fray Francisco Jimenez de Cisneros, uno de los hombres mas distinguidos por su saber, su rectitud, su amor á las letras, su patriotismo y por la severidad de sus costumbres. Cisneros era el hombre á propósito para dar cima al noble pensamiento de la católica reina. Aunque elevado á la alta dignidad de arzobispo, conservaba, bajo las insignias del alto prelado, la austeridad del religioso franciscano, á cuya órden pertenecia. El ilustre Cisneros empezó la reforma del clero, por su misma órden. La reina Isabel contribuia por su parte al feliz éxito de la obra, visitando con frecuencia los conventos de religiosas y manifestando el respeto que consagraba á los sacerdotes verdaderamente evagélicos.

Las disposiciones dictadas por Cisneros, causaron una profunda alarma. El general de la órden de San Francisco, juzgando que debia oponerse á ellas, marchó á Castilla; pero viendo que nada alcanzaba del recto arzobispo, se presentó á la reina, quejándose de

las providencias de Cisneros y expresándose de él en términos poco respetuosos. Isabel, al notar su falta de comedimiento, le preguntó: «si estaba en su juicio, y si sabia con quien hablaba.» El audaz religioso, sin cambiar de tono, contestó: «estoy en mi juicio, y sé que hablo á la reina de Castilla, un puñado de polvo como yo.» Terminadas estas palabras se salió precipitadamente de la estancia real. Nada era, sin embargo, capaz de hacer variar la resolucion de Isabel, cuando tenia la conviccion de que obraba rectamente, ni detener en su marcha al recto arzobispo Cisneros, persuadido como estaba que convenia al lustre de la religion la empresa acometida. Facultado, al fin, por la corte de Roma, á solicitud de la reina, para que en union del nuncio se llevase adelante la obra emprendida, quedó realizada satisfactoriamente; siendo á poco tiempo las órdenes religiosas, el centro de la virtud, del saber y de la abnegacion.

Por eso los religiosos que pasaron á la América, nutridos en las máximas de la mas pura moral, llenaron de admiracion al mundo entero, con sus virtudes, su saber, su mansedumbre y su dedicacion al bienestar de los indios. Historiadores de todas las sectas y religiones han elogiado las virtudes de aquellos varones apostólicos, que pasaron á los países descubiertos á difundir en ellos las benéficas verdades del cristianismo, y que propagaron las humanitarias máximas del Crucificado, no solo con su palabra, sino aun mucho mas con su eficaz ejemplo.

Los doce humildes religiosos fueron recibidos en Veracruz, con el respeto y amor que merecian sus virtudes (1). Hernan Cortés mandó que en todos los pue-

(1) Aunque la mision se componia de trece individuos, incluso el prelado

blos del tránsito, desde el puerto hasta la capital, así de indígenas como de españoles, les recibiesen con cariñosa solicitud.

Fray Martin de Valencia y los virtuosos monjes de que era prelado, se pusieron en camino, marchando á pié y descalzos, cargando el escaso y frugal alimento que habian de tomar, sin querer admitir caballeria ninguna de carga, y mostrando en sus viejos y humildes hábitos, la modestia de su corazon y la sencillez de sus costumbres. No habian marchado en busca de oro, ni se dirigian en busca de repartimientos. El espíritu que les guiaba era mas grande, mas noble: ser útiles á la humanidad: consagrarse completamente al bien de los indios; habitar en las humildes chozas de los sencillos indígenas, constituyéndose en sus ardientes defensores y en sus benéficos maestros.

El placer que causó la llegada de los misioneros al puerto de Veracruz, fué general. Los indios habian oido decir á los soldados de Cortés, cuando se tocaba el punto religioso, que el rey enviaria, para que les diesen á conocer las bellezas de la religion católica, sacerdotes de ejemplar vida y de vasta erudicion. Los nativos, contentos de la promesa, preguntaban, si eran iguales en bondad y en virtud al padre Fray Bartolomé de Olmedo, á quien amaban con verdadero afecto; y al escuchar que en nada se diferenciaban, se manifestaban deseosos de que llegasen (1).

Fr. Martin de Valencia, no llegaron mas que doce, pues el otro, llamado Fray José de la Coruña, se quedó por entonces en España, desempeñando algunos asuntos pertenecientes á la comunidad.

(1) «Y les decíamos que su majestad enviaria religiosos, y de mucha mejor

Los habitantes de las ciudades, de las villas y de las aldeas por donde pasaban, salian en procesion, sin excepción de clases, á recibirlos, llevando en la mano velas de cera encendidas y vistosas cruces de madera, escuchándose al mismo tiempo, el alegre repique de las campanas que anunciaban su llegada. En su tránsito por Tlaxcala, se detuvieron algunos dias en la ciudad de su mismo nombre, entonces grande y populosa, donde fueron acogidos con extraordinarias demostraciones de júbilo. Cuando se encontraban á corta distancia de la capital de Méjico, Hernan Cortés, poniéndose á la cabeza de sus principales capitanes y soldados, y acompañado del padre Fr. Bartolomé de Olmedo, se dirigió al encuentro de los misioneros. El caudillo español y sus oficiales montaban briosos caballos que parecían orgullosos de llevar á los hombres, cuyos hechos habia llevado la fama por los ámbitos del antiguo mundo. Al lado del caudillo español y vestido con su mas rico traje, marchaba el valiente emperador Guatemotzin, con lo mas selecto de la nobleza mejicana, y los principales caciques de otras ciudades (1). El gallardo monarca azteca, así como otros dignos personajes, habian abrazado el cristianismo, y miraban como un bien la llegada de hombres ajenos á las gran-

vida que nosotros éramos, para que les diesen á entender los razonamientos y predicaciones de nuestra fé; y ellos nos preguntaban si eran como el padre fray Bartolomé de Olmedo, y nosotros decíamos que sí.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Y juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de Méjico, con todos los mas principales mejicanos y otros muchos caciques de otras ciudades.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

dezas humanas y consagrados por completo al bien de la enseñanza de los naturales. El derrocado emperador, había tomado en el bautismo el nombre de Fernando. Al encontrarse las notables personas que habían salido de la ciudad, con los modestos misioneros, Hernan Cortés desmontó de su caballo, y fué el primero que, poniéndose de rodillas y quitándose la gorra de terciopelo, besó con profundo respeto el hábito de Fray Martin de Valencia, pues el humilde prelado no permitió que le besase la mano: los capitanes y soldados llegándose á los demás religiosos, hicieron lo mismo que su general; y el emperador Guatemotzin, así como los nobles de su séquito, se arrodillaron con no menos fervoroso afecto, y besaron con cristiano respeto el humilde sayal de los venerables misioneros (1).

Cuando los nativos vieron á Hernan Cortés, al hombre que consideraban como superior á todos los nacidos, arrodillarse humilde á los piés de aquellos hombres descalzos, flacos, amarillentos, cubiertos con un raído hábito que les daba el aspecto de miserables mendigos, se llenaron de asombro, y desde entonces los miraron como á seres venerandos, de naturaleza mas perfecta que los demás mortales. El antiguo historiador tlaxcalteca, Diego Muñoz Camargo, hijo de noble india y de español, ensalza ese acto respetuoso de Hernan Cortés, considerándolo «como uno de los heróicos hechos» del

(1) «El primero que se arrodilló delante de fray Martin de Valencia y le fué á besar las manos fué Cortés, y no le consintió y besó los hábitos; y el padre fray Bartolomé les abrazó é saludó muy tiernamente, y les besamos el hábito arrodillados todos los capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de Méjico.» — Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

caudillo castellano, «porque fué, dice, documento para que con mayor fervor los naturales de esta tierra, viniesen á la conversion de nuestra fé (1).»

Queriendo el caudillo español aprovechar aquel momento en que su veneracion á los sacerdotes había llenado de asombro á los naturales, haciéndoles concebir el acto de humillacion que acababan de presenciar, un concepto elevado de los ministros de la religion católica, les dirigió la palabra por medio de sus intérpretes, señalando con la mano á los venerables misioneros. «Aunque yo estoy, les dijo, en nombre del emperador para regiros conforme á sus sabias determinaciones, gobierno tan solamente los cuerpos; pero estos padres vienen en nombre de la cabeza de la Iglesia, cuyo imperio se reserva sobre las almas con autoridad del mismo Dios que adoramos, para encaminaros á la gloria: todo lo que los padres mandaren, obedecereis, y yo he de ser el primero que los obedezca (2).»

Llegados á la capital, el padre Olmedo les hospedó en una espaciosa casa que Hernan Cortés había dispuesto con este objeto, quedando á vivir con ellos el virtuoso misionero mercedario: el primer religioso que había pisado las bellas regiones del Anáhuac. Siendo indispensable construir un convento en que pudieran observar la regla de la órden á que pertenecian, se edificó uno, en la calle llamada actualmente de Santa Teresa, en la acera que mira al Sur, ocupando el terreno que hoy forman las casas número once y doce, que es-

(1) Camargo. Hist. de Tlaxcala, MS.

(2) Vetancurt. Teatro Mejicano, cuarta parte, tomo 1.º, folio 2.

tán contiguas (1). Era un templo provisional, pues los religiosos anhelaban trasladarse al sitio en que hasta hace pocos años se encontraba el convento de San Francisco, y cuya iglesia se conserva aun, con el objeto de estar mas cerca de la poblacion indígena, que ocupaba especialmente los barrios de Santiago Tlatelolco y de San Juan. Así podrian, como era su deseo, consagrarse exclusivamente á la instruccion y paternal cuidado de los indios (2). Algunos escritores han creido que la primera iglesia de San Francisco se fundó en el sitio que ocupa actualmente la catedral; pero han sufrido una equivocacion, pues, como he dicho, se hallaba en la calle de Santa Teresa (3).

(1) En Méjico no se observa respecto á la numeracion de las casas el órden adoptado en Europa, en que están los números impares de un lado y los pares de otro. Allí, la numeracion sigue desde el número 1, alternando los pares y los nones en una misma acera.

(2) El convento de San Francisco á que se trasladaron despues, así como varias capillas anexas, ocupaban hasta hace muy pocos años, en que fueron derribados por el partido liberal al subir al poder, por la parte que lleva el nombre de Calle de San Francisco, desde la esquina de la de Gante hasta la de Letran, y por el lado donde está esta, hasta la esquina de la de Zuleta. En ese terreno, se hallaba, antes de la conquista, uno de los palacios de recreo de Moctezuma, en que se admiraban una coleccion completa de todos los animales que existian en las diversas provincias sujetas á su imperio.

(3) Prescott incurve en la misma equivocacion al decir que la catedral de Méjico estuvo dedicada á San Francisco, siendo así que desde un principio fué consagrada á la Asuacion de Nuestra Señora. Torquemada se equivocó antes que él, al asentar que San Francisco se fundó en el sitio en que se halla la catedral. El error nace sin duda de que hallándose la calle de Santa Teresa en que se hizo el primer convento, cerca de la catedral, se tomó un sitio por el otro, pues consta de una manera cierta, por las actas del Ayuntamiento, que la primera iglesia de San Francisco estuvo donde de jo indicado.

Lejos de descansar los misioneros de su largo y penoso viaje, se entregaron desde los primeros dias á esparcir las luces del cristianismo entre los naturales, con amor y celo verdaderamente evangélicos. Antes de haber transcurrido dos semanas, convocó á capítulo el prelado Fray Martin de Valencia. Los vocales llegaron á diez y siete, pues se agregaron á esta mision los tres religiosos flamencos, de la misma órden, que habian llegado antes, y otros dos sacerdotes de las islas que andaban de capellanes con los españoles que hacian la campaña, y cuyos nombres no han sido consignados, aunque consta que se hallan enterrados en Texcoco. Reunidos todos en capítulo, procedieron á la eleccion de custodio, siendo elegido por unanimidad, el padre Fray Martin de Valencia, en quien concurrían todas las relevantes cualidades que exigia el cargo. Hecha la eleccion, el celoso prelado, no queriendo que se perdiese un solo instante en la predicacion del Evangelio, envió, á imitacion de Cristo, doce religiosos, repartidos de cuatro en cuatro, por las ciudades de Texcoco, Tlaxcala y Huexotzingo, para que derramasen las benéficas máximas de la moral cristiana entre los numerosos indios, constituyéndose en defensores y maestros de ellos, y él se quedó en Méjico con otros cuatro, dedicado al mismo noble fin.

La virtud de los misioneros cautivó bien pronto á los naturales. Veian en ellos séres dedicados á su felicidad, sin ambicion, que nada les exigian, que lo poco que adquirian de limosna, lo repartian entre los nativos mas necesitados, que salian en su defensa y cuya vida estaba en completa armonía con la intachable doctrina que enseñaban.

Entre los religiosos que habian quedado en la capital, se encontraba Fr. Toribio de Benavente, hombre de virtud acrisolada, que descalzo y con el hábito casi deshecho por el tiempo, recorría los barrios de Tlatelolco y de San Juan, dedicándose sin descanso á la enseñanza de los indios y á verter el consuelo entre ellos. Todo lo que le daban de caridad, lo repartía entre los indios, y muchas veces se quedaba sin comer, por dar á los necesitados lo que él recibía para alimentarse. Los caciques y señores de Méjico, así como la clase humilde indígena, le consagraban profundo respeto y amor, pronunciando con placer, siempre que le veían, la palabra *Motolinia*, que era repetida por todos. Ignorando el virtuoso sacerdote el significado de aquella voz que escuchaba por donde quiera que pasaba, preguntó á Gerónimo de Aguilar lo que indicaba. Entonces supo que significaba *pobreza ó fraile pobre*. El humilde religioso exclamó entonces: «ese será mi nombre por toda la vida;» y con efecto, desde aquel día dejó de hacer uso de su apellido propio, llamándose Fray Toribio de Motolinia, firmándose así en lo sucesivo.

Establecidos los virtuosos misioneros en los diversos pueblos á que se habian dirigido por disposición de su prelado, pusieron por obra la construcción de conventos que los indios, voluntariamente y dirigidos por los mismos religiosos que se hacían amar de los pueblos por su ejemplar vida y el cariño hácia los naturales, fabricaban sin querer cobrar nada por su trabajo. Madera, piedra, cal, todo lo necesario para la fabricación, lo proporcionaban los caciques, y los pueblos iban á trabajar por turnos, con un placer que lo revelaban en

el afán mismo con que trabajaban. Al lado de cada convento se levantaba á la vez una escuela con amplios salones, destinados á la educación de la juventud indígena. En el momento en que estuvieron acabados los edificios destinados á la enseñanza, mandaron á los caciques y nobles que les enviasen sus hijos para instruirlos en las máximas del Evangelio.

Los gobernantes indios, no queriendo desobedecer á los ministros del altar, pero deseando al mismo tiempo no separarse de los tiernos frutos de su amor, enviaban, en lugar de sus hijos, los de sus criados y vasallos. Este medio de que los caciques se valieron para evadir el cumplimiento de lo que se les pedía, fué favorable para la clase plebeya, cesando el señorío de ellos, que, según el fraile franciscano Juan de Torquemada, habian ejercido de la manera mas tiránica sobre sus vasallos, quienes, instruidos por los misioneros, llegaron á ser, en lo sucesivo, los que gobernaban en sus pueblos. Así el catolicismo fué á nivelar, entre la clase india, donde la plebe habia sido esclava de sus señores, al hombre del pueblo con el noble, siendo el mando patrimonio del talento y del saber.

Reunidos de esta manera los niños en número de ochocientos á mil, en cada convento, los misioneros se dedicaban á su educación con noble celo, tratándoles con un amor y dulzura apostólicos. A nadie se castigaba ni con el golpe mas leve: la emulación y los consejos eran los medios de que los virtuosos sacerdotes se valían para guiar por el buen camino á sus tiernos educandos. Así bebían con gusto la doctrina del Crucificado, enseñada por unos hombres que la practicaban cumplidamente.

Los niños estaban al cuidado de unos indios ancianos,